

LA GUERRA DEL 98 EN LOS DOCUMENTOS NORTEAMERICANOS

José María TREVIÑO RUIZ



Introducción

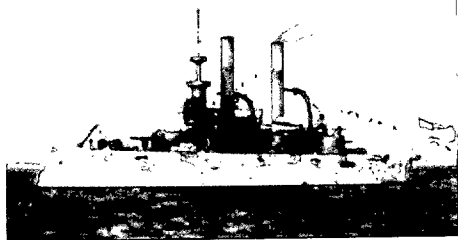


A guerra hispano-norteamericana, tal y como la conocemos, ha sido siempre relatada de acuerdo con la versión de los libros españoles de historia; pero después de transcurrido un siglo, frías las mentes y los corazones, sería interesante conocer la versión del otro bando, hoy felizmente aliado, para descubrir detalles inéditos y sacar posiblemente algunas conclusiones, en lo que a la guerra naval se refiere. Las líneas que siguen están sacadas íntegramente de textos y documentos norteamericanos, por lo que a veces podrán diferir de la versión española; queda al buen juicio del lector aplicarse la versión que le parezca más acertada.

Los orígenes del conflicto

Si algún acontecimiento marca el nacimiento de los Estados Unidos como una gran potencia, ése fue el de la guerra hispano-norteamericana, *the splendid little war*, como la bautizó el embajador de Estados Unidos en Gran Bretaña, John Hay, ya que su duración fue de 110 días y su costo unas 3.000 vidas. A cambio, los Estados Unidos consiguieron una presencia en Asia de casi 90 años, hasta la devolución de las bases de Subig Bay y Clarks Field en Filipinas, perdurando aún la base naval de Guantánamo en Cuba, y los amplios poderes del Congreso estadounidense sobre Puerto Rico, además de la anexión de Guam.

El pretexto inicial para el intervencionismo fue proteger a los cubanos de los supuestos desmanes del general Weyler, y de paso salvaguardar los intereses económicos norteamericanos en Cuba, que eran muchos, ya que hace 100 años el importe de sus inversiones en la isla sobrepasaba los 100 millones de dólares de entonces, y el volumen de las importaciones los 50 millones anuales. Una dura campaña se desató en 1895 contra *Butcher Weyler* y su dura política de *reconcentrados* que atentaba contra las ricas haciendas estadouni-



El acorazado *Iowa* (Foto: US Navy).

enviando al mucho menos enérgico general Blanco, que inició una política autonomista que devolvió en parte la calma a la isla, e hizo que el ciudadano medio estadounidense perdiese interés sobre el tema. Pero en febrero de 1898 ocurrieron dos hechos que devolvieron a la primera página de la prensa amarilla el interés por Cuba y la animadversión por España. El primero de ellos fue la publicación en el «New York Journal», de William Randolph Hearst, de una carta de Dupuy de Lome, a la sazón embajador de España en Washington, en la que el diplomático tachaba al recién electo presidente McKinley de débil, populachero y politicastro. La misiva había sido enviada al político español Canalejas, a la sazón en Cuba, pero fue robada por su secretario, activista cubano que la vendió por una buena suma a Hearst. El otro hecho mucho más grave y que encendió la peligrosa mecha del nacionalismo norteamericano fue la explosión inesperada del acorazado *Maine*, enviado en visita de buena voluntad a La Habana el 25 de enero de 1898 y que volaría por los aires a las 2140 horas del 15 de febrero en el fondeadero número 4 del puerto habanero, llevándose consigo las vidas de 266 de sus 354 tripulantes.

Inmediatamente, la prensa amarilla publicó la noticia de que una bomba externa colocada por los españoles había provocado el hundimiento, ofreciendo incluso el «Journal» una recompensa de 50.000 dólares al que descubriese a los causantes.

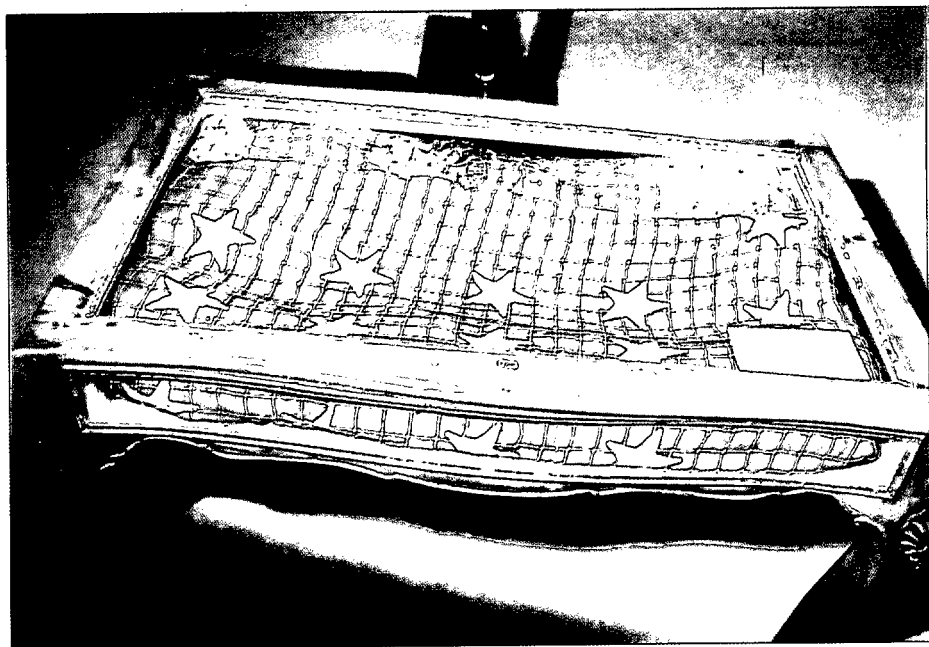
El informe oficial de la comisión de la Marina de los Estados Unidos, presidida por el comodoro Sampson, y basada casi exclusivamente en las poco precisas indagaciones del alférez de navío ingeniero Powelson, dictaminó que «en opinión del Tribunal la destrucción sólo podía haberse producido por la explosión de una mina situada bajo la quilla del buque a la altura de la cuaderna 18, y algo a babor». Dictamen totalmente erróneo como demostraría en 1975 el almirante Rickover en su obra «How the battleship *Maine* was destroyed», cuyo minucioso trabajo realizado por un grupo de ingenieros con medios modernos fue aceptado sin reticencias por la Marina estadounidense, admitiéndose actualmente la teoría de la combustión instantánea del carbón bituminoso, almacenado en la carbonera A-16 junto al pañol de munición de

denses, a pesar de que prácticamente el general español había acabado con los insurrectos. El entonces presidente de los Estados Unidos, Cleveland, anti imperialista por convicción, se negó siempre a una intervención en Cuba por considerarlo una ingerencia en la soberanía española, máxime cuando el cambio de gobierno en España hizo que los liberales entrantes de Sagasta llamasen, en 1897, a Weyler a España,

seis pulgadas de proa, teoría que curiosa o tristemente coincide con las conclusiones que el juez instructor español, capitán de fragata don Pedro Peral y Caballero, hermano del inventor del submarino, elevara oficialmente en La Habana el 22 de marzo de 1898.

Los gritos de *Remember the Maine!* y *To hell with Spain!* resonaron por doquier, reclutándose 150.000 voluntarios y preparándose la Marina para ir a la guerra. Como primera medida se hizo venir al acorazado *Oregon* desde Puget Sound, en el Pacífico, hasta Cáyó Hueso, un viaje de 15.000 millas que sirvió para reforzar la Flóta del Atlántico, compuesta por cuatro acorazados, *Iowa*, *Indiana*, *Massachusetts* y *Texas*, y dos cruceros acorazados, *New York* y *Brooklyn*, además de otros buques menores.

La salida de la escuadra del almirante Cervera de Cádiz tuvo un enorme efecto psicológico sobre la población costera de los Estados Unidos. Pensemos que si en Cuba había 195.000 soldados españoles, el Ejército regular norteamericano se componía de tan sólo 28.000 hombres, el décimonoveno del mundo, y que no había tenido una guerra en 30 años. Por su parte, la Marina contaba con 15.000 hombres y como buques de primera línea los ya nombrados. Como un ejemplo del nerviosismo de los ciudadanos norteameri-



Bandera de la fragata *Savannah* capturada por el cañonero *Elcano*, que se conserva en el Museo Naval de Madrid.

canos, el centro comercial de Boston fue llevado 50 kilómetros hacia el interior, para ponerlo a salvo de un posible bombardeo de la escuadra española. Para defender la costa atlántica y hostigar Cuba simultáneamente, la Flota del Atlántico fue dividida en dos escuadras, la Volante, al mando del comodoro Schley, y la del Atlántico, estacionada en Cayo Hueso al mando de Sampson, ascendido provisionalmente (*acting*) a contralmirante, con vistas a intervenir en Cuba y Puerto Rico. El 25 de abril el Congreso de los Estados Unidos declaraba oficialmente la guerra a España con efecto retroactivo del 21 de abril de 1898.

La campaña de Filipinas

La situación en la costa del Pacífico era totalmente distinta, no había sensación de peligro, porque casi nadie sabía que España tenía posesiones en este océano, aunque alguien en Washington recordó que los españoles poseían las Filipinas. Ese alguien fue el subsecretario de Marina, Teodoro Roosevelt impulsivo y belicista, que decidió que la pequeña escuadra asiática debía estar preparada para batir a la escuadra española de las Filipinas. Para ello nombró a un hombre de su confianza, el comodoro George Dewey, discípulo y admirador del almirante Farragut (paradójicamente hijo de padres menorquines). Dewey, agresivo como Farragut y con buen ojo táctico, era muy meticuloso, por lo que en diciembre de 1897 comenzó a estudiar todo lo referente a las Filipinas y a preparar concienzudamente a sus buques y hombres, izando su insignia en enero de 1898 en el crucero *Olympia*, fondeado en la bahía de Nagasaki. Poco después se trasladó a Hong Kong, donde recibió el siguiente mensaje de Roosevelt: «Mantenga sus buques bien provistos de carbón. En caso de guerra su misión será impedir que la escuadra española deje la costa asiática para iniciar a continuación operaciones ofensivas en las islas Filipinas». Dewey no necesitaba esas órdenes, pues ya había adquirido dos buques mercantes, *Zafiro* y *Nanshan*, para que le acompañasen transportando el carbón allí donde fuese. Había varado sus buques para limpiar fondos, recorrido su maquinaria y pintado los costados de gris en lugar del blanco habitual. Envío a su propio ayudante caracterizado de turista a espiar las defensas portuarias de la bahía de Manila, y los buques que en ella se encontraban. El 25 de abril recibió la orden de: «Diríjase a las Filipinas para comenzar las operaciones enseguida, particularmente contra la escuadra española, capturando o destruyendo sus buques, poniendo en ello todo su empeño».

El 27 salió Dewey de Hong Kong, pero dejemos que sean sus propias palabras las que relaten todo lo que sucedió después: «El 30 de abril llegué a Boli-nao, y no encontrando buques allí me dirigí a la entrada de la bahía de Manila esa misma tarde. El *Boston* y el *Concord* fueron enviados a reconocer la bahía de Subic, ya que había sido informado que los españoles intentaban hacerse

fuerzas allí, pero no encontraron a nadie. A las 2330 crucé la entrada de la bahía de Manila por la Boca Grande, navegando a ocho nudos. Después de que la mitad de mis buques hubiesen cruzado, una batería de la ribera sur abrió fuego sin causar daños, respondiendo el *Boston* y el *McCulloch*. La escuadra continuó avante despacio para llegar a Manila al amanecer, siendo bombardeados por tres baterías de Manila y dos de Cavite a 0515 horas, y por la escuadra española que se encontraba fondeada en dirección E/W en la entrada de la bahía de Bakor, dando babor a la bahía de Cañacao. Entonces inicié el ataque, con mi buque insignia, el *Olympia*, guía de la línea de fila, seguido por el *Baltimore*, *Raleigh*, *Petrel*, *Concord* y *Boston*, formación que fue mantenida durante todo el ataque, abriendo fuego a las 0541. Mi Escuadra mantuvo un fuego continuo y preciso entre 5.000 y 2.000 yardas cambiando el rumbo por contramarcha y navegando paralelo a la línea española. El fuego enemigo era intenso pero generalmente inefectivo. Al comenzar el enfrentamiento dos lanchas hicieron hacia el *Olympia* con la aparente intención de lanzar sus torpedos. Una fue hundida y la otra desmantelada antes de que pudiesen lanzar sus torpedos. A las 0700 el buque insignia español, el *Reina Cristina*, hizo un intento desesperado de dejar la línea y cerrar distancias, pero fue recibido por tal lluvia de fuego de toda la artillería del *Olympia*, que apenas pudo regresar a su puesto, incendiada su cubierta, incendio que ya no se extinguiría hasta su hundimiento. A 0735 fui erróneamente informado que sólo quedaban 15 disparos por cada cañón de cinco pulgadas, por lo que ordené alto el fuego y retirada, para redistribuir la munición si fuese necesario.

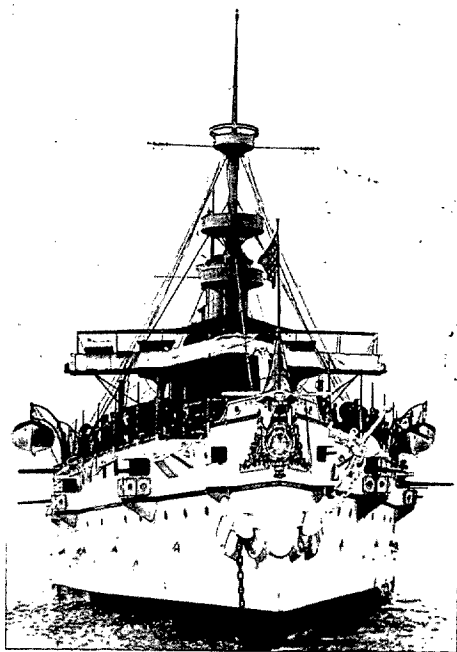
Las tres baterías de Manila habían permanecido haciendo fuego continuo, que no fue contestado por mis buques, por lo que envié un mensaje al general gobernador de que si no cesaba de disparar sobre mis buques, bombardearía la ciudad de Manila. Este mensaje hizo el efecto de que cesase el fuego de las baterías.

A 1116, viendo que el informe de la munición era incorrecto, volví con la escuadra al ataque. A esta hora casi toda la escuadra española estaba en llamas. A 1230 ordené alto el fuego, las baterías habían sido silenciadas y los buques hundidos, quemados o abandonados. A las 1240 mi escuadra fondeaba en Manila, dejando al cañonero *Petrel* para destruir a los pequeños cañoneros que quedaban a flote en Cavite.

La escuadra española había perdido los siguientes buques:

- Hundidos: *Reina Cristina*, *Castilla*, *Don Antonio de Ulloa*.
- Quemados: *Don Juan de Austria*, *Isla de Luzón*, *Isla de Cuba*, *General Lezo*, *Marqués del Duero*, *El Correo*, *Velasco* e *Isla de Mindanao* (transporte).
- Capturados: *Rápido* y *Hércules* y varias lanchas.

Incapaz de conocer el número de bajas del enemigo, puedo afirmar que ha sufrido importantes pérdidas. Sólo el *Reina Cristina* ha sufrido 150 muertos y



El buque insignia de Sampson, el crucero *New York*. (Foto: US Navy).

mañana del día 4, fue apresado el transporte *Manila*, que había varado en la bahía de Bakor.» (George Dewey).

Posteriormente, un informe de la Marina de los Estados Unidos aportaba el dato de 170 impactos en los buques españoles frente a 15 de éstos en los buques norteamericanos, diferencia que estiman se debía más a un mejor adiestramiento que a la superioridad numérica. La batalla de Manila, diría más tarde Dewey, se ganó en Hong Kong. El 13 de agosto capitulaba Manila, ante el efecto de bombardeos combinados por mar y por tierra; sin embargo, la guerra en tierra continuaría durante tres años más hasta que las tropas norteamericanas consiguieran reducir a los, antes aliados y ahora enemigos, insurgentes filipinos.

La campaña de las Antillas

El contralmirante Sampson era un intelectual con gran prestigio en la Marina estadounidense, que propuso un desembarco anfibio en La Habana para de esta forma conquistar más rápidamente la isla; pero el secretario de

90 heridos. Por el contrario, tengo la fortuna de informar que el daño hecho a mi escuadra es insignificante. No hubo ningún muerto y tan sólo siete heridos leves.

El 2 de mayo, día siguiente al combate, la escuadra fue de nuevo a Cavite, donde un trozo de desembarco fue enviado a tierra para destruir las baterías de tierra. La primera batería, en Punta Sangley, se componía de dos modernos cañones Trubia de 150 milímetros. La segunda, a una milla de distancia, en la playa, constaba de un moderno cañón Canet de 120 milímetros, detrás de un improvisado emplazamiento. El día 3 los españoles evacuaron el Arsenal de Cavite, que fue tomado por el trozo de desembarco. Ese mismo día el *Raleigh* y el *Baltimore* aceptaron la rendición de las guarniciones de la isla del Corregidor, destruyendo sus baterías. En la

Marina, John D. Long, no aprobó este plan por la falta de preparación del Ejército, y porque consideraba poco adecuado enfrentar a los buques contra las defensas costeras de La Habana. Con la Flota del Atlántico dividida en dos escuadras, Long consideraba que Sampson no tenía los buques necesarios para un desembarco anfíbio y para hacerle frente a Cervera simultáneamente. Por eso, en cuanto se supo que éste había salido de Cabo Verde el 29 de abril con destino a Puerto Rico, dispuso varios buques en descubierta que le avisasen de la derrota de la escuadra española para interceptarla en San Juan y tener allí el combate decisivo. Para ello levantó el bloqueo a Cuba y se dirigió a Puerto Rico con los acorazados *Iowa* e *Indiana*, el crucero acorazado *New York*, dos monitores y un torpedero, llegando a San Juan el 12 de mayo. Al no encontrar a Cervera, bombardeó las defensas de la ciudad durante una hora, con escasos resultados, sufriendo ocho bajas. Con Sampson en Puerto Rico y Schley en Norfolk, Cervera pudo alcanzar Cuba sin oposición.

Esta acción de levantar el bloqueo de Cuba fue severamente criticada por Mahan, ya que la misión de esta campaña era la captura de Cuba. El 18 de mayo Sampson entraba en su base de Cayo Hueso, reuniéndose con Schley, que había llegado con la escuadra Volante desde Norfolk. Creyendo que la escuadra española traía munición para La Habana, se dirigió a este puerto para bloquearla, enviando a Schley con su escuadra Volante reforzada con el *Iowa* para barajar la costa cubana y bloquear Cienfuegos que estaba unido a La Habana por ferrocarril. El 19 de mayo entraba Cervera en un aislado y poco pertrechado puerto del sureste de la isla, Santiago de Cuba, donde permanecería inexplicablemente 10 días hasta ser descubierto por Schley y consecuentemente bloqueado. El 1 de junio se incorporaba al bloqueo Sampson, con su escuadra reforzada por el *Oregon* que había finalizado su viaje de 15.000 millas, asumiendo el mando de todos los buques.

Con la escuadra española en Santiago, Sampson no podía bloquear toda la isla, ni tampoco podía destruir los buques de Cervera, a salvo en sus fondeaderos, pues la entrada a la bahía estaba bien protegida por las baterías de costa y por campos de minas, la única solución posible era embotellarla cerrando la entrada, acabando así con la *fleet in being*. Para ello, la oscura noche del 3 de junio, el carbonero *Merrimac* cargado de explosivos, mandado por el ingeniero naval Hobson y con una dotación de siete hombres, fue llevado hasta la estrecha boca de la ría para ser hundido allí. Descubierto por los españoles fue echado a pique a cañonazos sin bloquear la entrada. Fracasado este intento, Sampson pidió tropas a Washington para tomar por tierra las baterías terrestres y poder penetrar en la bahía. El 20 de junio una fuerza expedicionaria alcanzaba la costa sur de Cuba, celebrándose una conferencia a tres bandas a bordo del transporte militar *Seguranca*, en la que participaron, además de Sampson, el general Shafter, comandante de la Fuerza Expedicionaria, y el general insurrecto Calixto García. Este último recomendó las playas de Daiquiri y Siboney para el desembarco. El 22 de junio se iniciaba el desorde-

nado desembarco, sin oposición, de los 17.000 hombres del V Cuerpo de Ejército, mandados por Shafter. Inexplicablemente las trincheras construidas en las lomas que dominaban las playas habían sido abandonadas horas antes por una orden del general Linares que quería agrupar sus fuerzas en torno a Santiago.

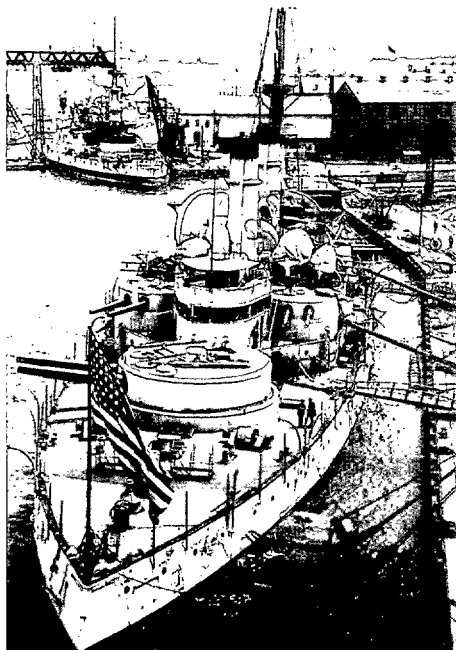
Los avances del cuerpo expedicionario fueron mucho más cruentos de lo esperado, así los combates de las Lomas de San Juan y del Caney el 1 de julio costaron a los norteamericanos un 20 por 100 de bajas, mientras Shafter, que pesaba más de 150 kilos y era incapaz de desplazarse a caballo, se veía confinado en su tienda preso de unas terribles fiebres tropicales. Por ello reunió la noche del 2 de julio a los generales de las brigadas para tomar la decisión de retirarse y reembarcar de nuevo. En este estado de cosas, el general Blanco, gobernador de Cuba, urgió al almirante Cervera para que se hiciera a la mar y se enfrentase al enemigo. Afortunadamente para Cervera, el domingo día 3 de julio, el acorazado *Massachusetts* había abandonado el bloqueo para irse a carbonear a Guantánamo, y el propio Sampson, con el *New York*, se había dirigido a Siboney para parlamentar con Shafter y disuadirle de sus ideas abandonistas. Pero sus diferencias con el general se resolverían de otra forma.

A 0930 y cuando se encontraba a nueve millas de Santiago, oyó un cañonazo que le haría sentirse frustrado el resto de sus días. La escuadra española salía de puerto y comenzaba la tan esperada batalla a la que él no llegaría a tiempo; sería Schley el que dirigiría a los buques norteamericanos durante el combate.

Pero conozcamos los hechos por el relato del capitán de navío Evans, comandante del *Iowa*, el primer buque que avistó a los buques españoles y el primero también en abrir fuego: «Al avistar el primer buque español ordené zafarrancho de combate y avante toda, cayendo con toda la caña hacia el *María Teresa*, y cuando éste caía hacia el W recibió los impactos de los proyectiles de 12 pulgadas de mi torre de proa, comenzando el combate. El *Iowa* mantuvo al *María Teresa* por su amura de Er, hasta que éste intentó pasar por ojo al *Brooklyn*, insignia de Schley, que tuvo que meter toda la caña a Er para evitar el abordaje, lo que hizo que estuviese a punto de colisionar con el *Texas*, que tuvo que dar atrás toda. El *Iowa* cerró distancias hacia el *Oquendo*, mientras cortaba la popa del *María Teresa* que estaba sufriendo un terrible castigo por parte del *Texas*, *Oregon* y *Brooklyn*. El *Iowa*, a tan sólo 1.100 yardas del *Oquendo*, hacía fuego sobre el crucero español con toda su artillería disponible. El castigo era terrible, se veían explotar los proyectiles de doce y ocho pulgadas dentro de su casco, causando auténticas carnicerías. En ese momento sonó la alarma de torpederos por la aleta de Er!, por lo que el montaje de popa de 12 pulgadas hizo fuego, acertando a 4.000 yardas a uno de ellos, hundiéndolo al dejarlo sin popa, mientras el otro torpedero en llamas hacía por la playa.

En el entreacto, el *Vizcaya*, que se encontraba por el través del *Iowa*, fue cogido entre dos fuegos al encontrarse dentro del alcance del mortífero fuego

del *Oregon*. En este punto el *Infanta María Teresa* y el *Almirante Oquendo* se encontraban envueltos en llamas, cayendo ambos a tierra para varar en la playa. El *Texas*, *Oregon* e *Iowa* continuaron disparando sin cuartel, hasta que el *Teresa* izó una bandera blanca en el trinquete. El *Vizcaya* comenzó a sufrir una serie de explosiones a bordo, dirigiéndose también hacia la costa. Varados los tres primeros cruceros, sus dotaciones semidesnudas se arrojaron por la borda para salvar su vida, huyendo de las explosiones e incendios que habían convertido en un infierno sus buques, 20 minutos después de haberse disparado el primer cañonazo. Entretanto, el *Brooklyn* había iniciado la caza del *Colón*, intacto hasta el momento y que parecía escapar dando más de 20 nudos; el *Oregon* se unió a la cacería, cosa que no podía hacer el *Iowa* por su más



El acorazado *Massachusetts*.
(Foto: US Navy).

baja velocidad, por lo que decidí salvar a cuantos náufragos pudiera, arriando todos los botes en las proximidades del *Vizcaya*. El espectáculo era dantesco, los náufragos estaban mutilados, desnudos, con sus piernas laceradas por la metralla. Los botes del *Iowa* pronto tuvieron más de dos o tres pulgadas de sangre en sus sentinas. Un marinero del *Vizcaya*, con su brazo izquierdo amputado bajo el hombro, trepó sólo por la escala saludando militarmente al llegar a bordo del *Iowa*, después de él vino otro al que le faltaba una pierna por encima de la rodilla y fue izado a bordo del acorazado sin exhalar una sola queja. Los 272 hombres rescatados del *Vizcaya* fueron dados de comer y beber por mi dotación. Finalmente vino malherido el capitán de navío Eulate, comandante del *Vizcaya*, a quien le rindió honores la guardia de Infantería de Marina. El capitán de navío Eulate me saludó con dignidad, desprendiéndose de su espada, después de besarla con lágrimas en los ojos. Naturalmente decliné recibirla, mientras la dotación del *Iowa* prorrumplía en vítores.

En el entreacto, el *Colón* era alcanzado por el *Brooklyn* y el *Oregon*, que abrieron fuego con su artillería principal ahorquillándolo con proyectiles de 1.100 libras, por lo que el crucero español puso proa a tierra, varando en la playa a las 1312. Un impacto de 13 pulgadas en su popa, le hizo arriar su bandera (actualmente conservada en Annapolis). La batalla había terminado...»

Como en la batalla de Cavite, una escuadra potente y bien adiestrada había aniquilado otra inferior en medios. Las pérdidas españolas superaban los 300 muertos y 1.800 prisioneros, incluido Cervera. Las pérdidas norteamericanas fueron un muerto y siete heridos. La derrota de la escuadra tuvo efectos catastróficos en tierra. En 15 días el general Toral rendía Santiago de Cuba y sus 22.000 hombres al general Shafter. Finalmente, el 10 de diciembre se firmaba el Tratado de Paz en París, en el que los Estados Unidos conseguían la ansiada Cuba, y Puerto Rico, así como, inesperadamente, las islas Filipinas y Guam.

Conclusiones

La guerra hispano-norteamericana, exacerbada por la prensa amarilla para el ciudadano estadounidense, supuso el nacimiento de los Estados Unidos como una potencia naval de primer orden. Las abrumadoras victorias de Dewey y Sampson, así como el épico viaje de 15.000 millas del *Oregon*, consiguieron el apoyo popular para la creación de una gran marina de guerra. Al mismo tiempo, los estudiosos de esta guerra llegaron a la conclusión de que, aunque el comportamiento había sido correcto, aún había mucho que aprender. No era posible repetir las victorias de Cavite y Santiago de Cuba sin mejorar considerablemente el material, las técnicas y el adiestramiento. Mahan, inmiscricordé, anunció: «No podemos esperar que nuestro próximo enemigo cometa tantos errores como los españoles». La consecuencia más importante a largo plazo era que los Estados Unidos habían adquirido un imperio ultramarino. La ocupación de Puerto Rico y Guantánamo ayudarían a la Marina estadounidense a defender el continente, pero las nuevas posesiones en el Pacífico traerían a la larga más problemas que ventajas. Una consecuencia derivada de esta guerra fue la anexión en agosto de las islas Hawaii, como base intermedia entre la costa del Pacífico y las Filipinas, y en 1899 del atolón de Wake y las Samoa. Esta cadena de ocupaciones de pequeñas islas para la defensa de las Filipinas a 7.000 millas del continente americano, pero a tan sólo 1.000 millas del Japón, se mostraría particularmente útil durante la segunda guerra mundial.

